



## NADA DE "UN AMIGUITO MAS"

por PEPE CHACARILLA

Para una cadena de diarios provincianos el General Odría ha declarado, a propósito de sus violentamente interrumpidas jiras al interior del país, esta lindura: "No es necesario que yo haga jiras proselitistas. Eso está bien para los nuevos políticos, para aquellos a quienes el país no conoce". Añadió luego, como quien pela papas, lo siguiente: "En cambio, a mí me conoce el pueblo. Mis obras están a la vista". Dijo más aún, pero lo transcrito basta. Es evidente que el jefe del ochenio ha encontrado una "filosofía" para quitarle el cuerpo a las pedradas y el oído a los abucheos. Lo cual no sería nada reprochable en caso de tratarse de alguien que hubiera gobernado dentro de la ley, para el pueblo y con éxito político, social y económico. Lástima, en verdad, que afirme aquello quien fue candidato único tras una revolución contra la constitucionalidad, quien estuvo al servicio de la plutocracia mediante el libre-empresismo y el garrotazo, y quien, en suma, fracasara imponiéndose por la fuerza, ahondando los abismos entre clase y clase, y entregando más y más a la patria a los grandes empresarios nacionales y extranjeros.

Que sus obras están a la vista, no cabe duda. Sería un ciego el que no las viera, un amnésico el que no las recordara, un tonto el que no las tomara como ejemplo de lo que sería el repetipué restaurador. Si uno dirige la mirada a los veintiún pisos del Ministerio de Educación siente, automáticamente, la presencia del soplón de Esparza conminando a acompañarlo a la Prefectura. Si observa el embalse del Quiroz, inmediatamente se le presenta la imagen de los tagarotes piuranos repartiéndose el agua para saciar sus latifundios en tanto los campesinos se quedan con los crespos hechos. Si contempla las obras de Tarma, la memoria le entrega con realismo crudo la persecución del general Montagne, el Sexto abarrotado de políticos, el "habeas corpus" hecho trizas en las papeleras del Palacio de Justicia, el Estatuto Electoral listo para servir la componenda que le conviene al Ejecutivo (por algo la "convivencia" lo hace, previos toques de carmín, suyo), los negociados del círculo monterriquense y el despilfarro de cemento armado monumental y vacío. Y más aún, que no hay columna que soporte sin parecer un atestado de acusación en un juicio de residencia. Sí, general, el pueblo lo conoce, y aquello de "Tú lo conoces, vota por él" tiene, como usted lo está viendo, dolorosas consecuencias. No se repetirá.

Hay, por supuesto, un error en la base de esta "filosofía" de no moverse de casa que Odría comienza a practicar. Las jiras no se hacen sólo para que la masa conozca al candidato, sino también, y en muy importante grado, para que, al revés, el candidato conozca a la masa, su modo de vida, su situación, sus penurias y sus necesidades. El Perú ha sido regido desde Lima —o peor aún, desde un lugar más restringido, desde La Perla o Monterrico, por ejemplo—, por hombres rodeados de los espejos de la Casa de Pizarro, que pisan las alfombras mullidas de Palacio, que van de una sala de recepciones a otra sala de lo mismo, engañados por el oropel de una casi corte virreinal de imposible acceso al hombre de la calle y, menos, al hombre de campo. El candidato visita los pueblos no para escuchar vitoreado su nombre sino para aprender a gobernar si la mayoría lo escoge como su conductor. Se equivoca el que cree que la jira política tiene por objeto una presentación de aquellas que emplean la fórmula de "un amiguito más". Si así fuera, Lolo Fernández, Ima Sumac o Gladys Zender, podrían muy bien lanzar su candidatura sin decir chus ni mus y sin tomar un ómnibus urbanito. Son bien conocidos. Más que el general Odría, en todo caso.

Los partidarios de Odría nos contaban el cuento de que éste había cambiado. Que ahora era izquierdista o poco más o menos. Nunca nadie creyó semejante pronóstico. Las declaraciones difundidas por los diarios de provincia, en las que el jefe del ochenio dice aproximadamente que las jiras están bien para los chicos, prueban que no ha habido ninguna transformación en la personalidad del ex-dictador. Sigue pensando que el Perú es una extensión de tierra que se administra desde un despacho confortable, a donde no llegan ni las piedras, ni las silbatinas, ni los gritos de hambre, ni la desesperación, en mil formas expresadas, de una multitud despojada y hambrienta.